



XII

ENTRE RUINAS

¡Ocho días! ¡Cuántas horas de mortal inquietud añadidas á las que sufrió desde que abandonó Palermo! He aquí lo que anunciaba á Francisco la carta de la señora Scilly y que recibió al día siguiente de la explicación entre la madre y la hija. Pero esta incertidumbre era aún esperanza, y el joven habló con sinceridad al responder á la Condesa lo siguiente: «Doy á usted gracias por haber defendido mi causa con tan amistoso empeño, que ha conseguido usted ganar esta semana. Sé también qué abogado tendré en usted durante estos días, en los que procuraré soportar esta horrible ansiedad. Lo conseguiré. Siempre se tiene más fuerza de la que uno cree para ser desgraciado, sobre todo cuando al fin de esta desgracia existe todavía la posibilidad de consuelo semejante.»

Todo su corazón estaba en aquellas frases, que expresaban á la vez abatimiento y valor, resignación y fiebre. Situación de ánimo que le hubiera hecho insostenible otro cuadro que el que le ofrecía la extraña población donde las circunstancias le aprisionaban. Por el contrario, debía recordar más tarde con cierta

calma sus largos y solitarios paseos por la selvática campiña de los alrededores de Catania que se extiende entre la base del colosal volcán y las orillas del mar. ¡Tan cierto es que hasta en nuestras más mortales crisis permanecemos sensibles á la misteriosa correspondencia que se establece entre nuestro espíritu y la naturaleza que nos rodea! Así como el horizonte de Palermo, tan apacible y sonriente, habíale atormentado durante sus luchas morales y sus profundas angustias, así esta salvaje comarca del Etna armonizábase con sus ideas de ahora, encontrando en esa armonía, si no un completo aplanamiento de la fiebre de espera, por lo menos una especie de aletargamiento que proporciona la soledad ante un paisaje, símbolo de nuestra íntima desolación.

Salía de Catania en carruaje y daba al cochero las señas de un sitio cualquiera, seguro de encontrar lugar donde pararse y soñar largo tiempo. En torno suyo, y tan pronto como el coche estaba fuera de la ciudad, todas las cosas le hablaban del drama formidable, de las tremendas impresiones antiguas y recientes. Negros escollos de lava vomitada por el volcán y precipitada hasta el mar, contra las que golpeaban monótonamente las azules olas. Valles donde crecían aloes y cactus colosales entre las agrestes rocas; arroyos de fuego ya enfriados, formando cauces de escorias desmesuradas y caóticas. Cepas de viñas, gruesas como encinas jóvenes y plantadas en cuadros de negra ceniza. Y siempre la arena y la lava, y la lava y la arena, alternando, y atestiguando el nunca interrumpido trabajo del *Mongibello*, como se dice en el dialecto de los sicilianos, con reminiscen-

cias del árabe. Sobre este suelo de desastre, siempre agitado por las convulsiones de la tierra, una vegetación de naranjos, limoneros y castaños crecía por doquier; floridos jardines y *villas* blancas, como para revelar la lucha obstinada de la vida contra la formidable y monstruosa boca de fuego que el joven veía en los días claros, llena de humo por encima de la inmaculada blancura de las nieves.

Andaba leguas y leguas, dispersando su espíritu por aquellos horizontes siempre agitados, donde él leía la obra secular de los elementos poderosos é irresistibles de la Naturaleza; y por una analogía á la que se abandonaba dolorosamente, el trágico aspecto de aquel rincón de tierra representábale la imagen gigantesca de su propio destino. Así como sobre aquellos floridos jardines, sobre aquellos bosques cargados de frutos, sobre aquellas blancas villas, el río de fuego corre, secando las plantas, y los bosques, con su aliento abrasador, inundando las casas con aquella masa líquida, extendiendo un manto de lava estéril allí donde el trabajo humano soñó con formar un albergue apacible y tranquilo, así también para Francisco, de los abismos de un pasado que para siempre creía extinguido, había estallado una ola inmensa de sentimientos destructores, devorándolo todo, devastando el oasis donde pretendía encontrar el reposo de los últimos días de su juventud, y aquellos desiertos de salvajes rocas, en los que Francisco se internaba con complacencia, no estaban más desolados que el porvenir que vislumbraba si la suerte funesta acababa su trabajo demoledor.

Francisco encontraba en la sensación de la extraña

y casi sobrenatural analogía entre aquel paisaje y los desastres de su corazón una amarga voluptuosidad que él mismo excitaba, abismándose en una soledad mayor aún. Dejaba el carruaje y se dirigía hacia algún punto, desde el que su mirada podía abarcar la montaña y la costa; y allí, echado sobre uno de los bloques lanzados en otro tiempo por el volcán, teniendo en torno aquel panorama de destrucción, se entregaba á sus ensueños.

¡Qué de recuerdos le asaltaban en aquellos momentos! Los analizaba con esa atención que los vastos horizontes de la naturaleza favorecen de una manera tan particular. Le parecía asistir en pensamiento á las acciones de otro; con tanta lucidez percibía el largo y lógico encadenamiento de sus pasiones y actos.

Al mismo tiempo, ante el cuadro de sus días, experimentaba un sentimiento nuevo en él, que marca en todos los hombres el punto preciso en que la vida vuelve, en que comenzamos á ver nuestra juventud que se acaba, la vejez próxima, la otra vida. Se daba cuenta de que *había vivido*, que había tenido su lote, bueno ó malo, en el extraño juego de la existencia, que había conocido lo que ésta puede dar de emociones amargas ó dulces, y, sobre todo, que había echado sobre sus hombros demasiadas responsabilidades en atención á los años de vida que le restaban. ¿Cuántos? Desde el tiempo que amaba á Enriqueta había olvidado, en la embriaguez de su renovación interior, el estado pasional porque atravesó en otro tiempo. Su vida de adulterio y libertinaje se había desvanecido para dejar sitio al novio

respetuoso y encantado de su amor. ¡Cómo había podido concebir tal ilusión cuando se sentía ya tan viejo y cansado, cargado de recuerdos que se le aparecían tan claros y palpables!

Reflexionaba entonces en los sucesos que tan bruscamente habían conmovido su actual situación; lo que había de difícil de prever, era lo que producía la más fuerte impresión, y creía firmemente en un poder incomprendible que se complacía en amontonarlos sobre su cabeza. La sensación experimentada en la noche que pasó en Monreal, de una misteriosa justicia, siempre en acecho para cortar los placeres culpables, volvió á apoderarse de él con más fuerza.

En vano su razón se revolvía contra semejante idea; no se vive impunemente en una época en que es axioma corriente en la ciencia la negación del determinismo providencial en los humanos destinos.

Francisco quería demostrarse que toda su situación era producida por circunstancias nacidas del acaso; era un azar que la condesa Scilly y la señora Raffra-ye hubiesen sido heridas por la misma enfermedad; casual también que dos médicos á cien leguas de distancia, hubiesen elegido la misma estación de invierno, entre tantas otras, para sus dos enfermas; casual también que las dos mujeres se reunieran en el mismo hotel; como que el parecido de Adelita con su hermana Julia fuese tan extraordinario. Y casual también fué que las sospechas de Enriqueta se despertaran por el encuentro con la niña en el jardín; y después por la conversación entre la Condesa y él, sorprendida de tan inopinada manera.

No podía, pues, suponer que aquella malla fuese urdida y dispuesta por una voluntad superior, que repartía dolores de una manera tan poco equitativa, porque su inocente novia no había cometido falta alguna. Reflexionando volvía otra vez á encontrarse frente á la idea de que la palabra «casualidad» que él empleaba, solamente le servía para disfrazar su ignorancia de las causas verdaderas y secretas, de cuya combinación había dependido el cambio súbito de su existencia.

Descartado el punto referente á Enriqueta, ¿no debía reconocer que lo que él sufría era merecido? ¿Qué significa la palabra casualidad cuando entre la infinita serie de sucesos posibles, éstos sólo se verifican sin la intervención de un sér superior? ¿Qué habían hecho aquellos azares más que poner frente á frente su pasado y su presente, el hombre que quería ser y el que había sido? Sólo sus propias acciones, encarnadas por una parte en la mujer, de la que fué el amante, y por otra en la hija nacida de tal unión; ni esta mujer había seguido un plan de venganza, ni aquella hija sabía que él fuese su padre; su sola presencia había bastado para que las acciones de otra época se alzasen ante él. ¿Es, pues, cierto que nuestras acciones nos persiguen en el porvenir? Sin embargo, ¿hay culpa cuando encontrándose uno en lucha contra la interior miseria, desea rejuvenecer el espíritu cansado, buscando el cariño de un sér puro é inocente, precisamente aquel cariño que no se ha poseído nunca? ¿Qué hombre llega al matrimonio que haya vivido de modo que no tenga que ruborizarse ante su prometida, si las condicio-

nes de ésta son como las que Enriqueta poseía, las de una joven honrada, las de un sér á quien se le puede decir desde el fondo del corazón; ¡á ti era á quien yo buscaba al través de mis extravíos! Con estas meditaciones de una sinceridad igual á la que él hubiera tenido ante la muerte, comprendió Francisco que no tenía derecho de compararse á esos hombres.

Las anomalías de sus relaciones con Enriqueta se le representaban ahora tan claras como oscuras en el momento de empezar estas relaciones. Sin duda, él había obrado sinceramente al acercarse á Enriqueta; pero algo de su pasado se ocultaba en la resolución que había tomado de unir su juventud que acababa con la juventud que empezaba. En la fiebre con que se había dirigido á la joven había como una huída de sus vivos recuerdos; la había amado menos de lo que debía. Había obedecido á un ímpetu que le aturdió; una nueva y última esperanza del soñador novelesco como él lo era cuando encontró á Paulina; seguía siendo el mismo soñador á pesar de sus treinta y cinco años. Lo que le había impulsado hacia Enriqueta era el mismo afán de emoción, el mismo deseo de sentir que en otro tiempo le había precipitado hacia la otra, y había marchado hacia el matrimonio como en otro tiempo hacia el adulterio, poseído por aquel amor, por el amor, que ambas circunstancias había borrado en él todo escrúpulo.

No dudada en condenarse reconociendo que jamás había tenido el derecho de casarse sin haber adquirido la prueba definitiva; primero, de que su corazón no abrigaba odio ni remordimiento alguno respecto

de Paulina; y después, y sobre todo, que no tenía deber alguno que cumplir respecto de Adelita. ¡Ah! ¡Qué diferente había sido su conducta! Su crimen con Enriqueta estaba en aquella inconsciencia en que había querido sumergirse. Había extendido la sombra sobre las lacerías de su corazón, que puestas en plena luz, le hubiesen hecho reconocer que no era dueño en absoluto de sus actos. Tampoco estaba cierto de su indiferencia. Comprendía ahora, ya muy tarde; ciertas enfermedades morales condenan á los que son víctimas de ellas, á no herir de rechazo á otros seres.

Su alma sin disciplina moral, sin voluntad y á merced de todas las impresiones, había perdido la energía para dominarse, base del compromiso leal é irrevocable; de lo que resultaba que aquella alma, semejante á ciertos organismos consumidos, no tenía ya poder bastante para volver á cerrar sus heridas. En el lugar en que Paulina le había tocado en otro tiempo, la herida sangraba aún. ¿Hubiese sufrido de tan extraño modo el despertar de sus sentimientos paternales á la sola vista de Adela, si después de los años transcurridos no conservara otra herida siempre abierta? Y la incoherencia de sus sentimientos, cuando descendía á aquellas profundidades de su conciencia, le causaba un escalofrío de espanto, y dirigía sus ojos al extenso y formidable paisaje para olvidar, y encontraba más vivos sus recuerdos; contemplaba el mar de Calabria cuya sábana azul brillaba al sol, y los barcos que zarpaban largando su velamen al viento del África. Iban remolcados por las olas como su juventud lo había sido por las pasiones.

La playa que eligió para que su espíritu descansara de las fatigas del naufragio, era agitada por un horroroso terremoto que todo lo había asolado, y Francisco continuaba allí entre los escombros, esperando la ruina definitiva si no le llegaba el perdón de Enriqueta, único recurso, mas no curación completa, porque ¿cómo Enriqueta había de devolverle la perdida paz del alma, cuando existía aquella niña que Francisco no podía dudar era hija suya? Ya casado, aun en los momentos de amor en que su cabeza reposara sobre el corazón de su mujer, ¿olvidaría aquel grito escapado de la garganta de Paulina? ¿Aquel grito del sér que va á morir, que no puede mentir y que protesta por no haber merecido el golpe que se le ha dado? ¿Olvidaría el delgado y mísero cuerpo de su víctima? ¿Olvidaría su pasado? ¡Oh fuego que abrasa el espíritu humano! ¡Causa más espanto la columna de fuego que surge de las profundas entrañas del suelo y que esparce en torno la devastación, que tú que anhelas un corazón solitario! ¡Tus desastres que no dejan escombros, visibles son, sin embargo, los más trágicos, los que más protestan contra esa horrible pesadilla de un cielo vacío donde no se oculta ningún Juez, nadie que consuele!

Los ocho días marcados por la señora Scilly habían ido deslizando sus lentas y tristes horas, al través de estos pensamientos, y salvo una carta de la Condesa que le aconsejaba aún que tuviese ánimos y esperanza, Francisco no sabía nada de Palermo ni de las escenas en las que se fijaba su porvenir. Todas las cavilaciones á que en su soledad se había abandonado, le envolvían en esa atmósfera de fata-

lismo que se apodera de algunos hombres con fuerza tanto mayor, cuanto mayores son los intereses que se tratan. ¿Pero sobre qué podía emplear su energía, ahora que el drama de su destino estaba tan empeñado? ¿Qué palabras podía él pronunciar que tuviesen más fuerza que las de aquella noble y santa madre? Conservaba en la intervención de la señora Scilly, cuyo rigor tanto había temido, y que tan compasiva caridad le había mostrado, una confianza casi supersticiosa, y aunque el temor de todo su ser se hizo más doloroso á medida que la semana avanzaba, esperaba en lo que le era permitido esperar, un cambio favorable de fortuna. Sin embargo, cuando pasó la mañana del octavo día sin que hubiese recibido un telegrama de la Condesa diciéndole que volviera en el tren de la tarde, empezó á sumirse en tan honda preocupación que no pudo resistir más tiempo, y telegrafió implorando respuesta en la forma. La contestación fué decirle que esperase carta que llegaría al día siguiente. ¿Qué pasó entonces por su imaginación? ¿La señora Scilly no le llamaba inmediatamente! ¿No le indicaba la solución definitiva de sus esfuerzos cerca de Enriqueta! ¿No había, pues, conseguido nada? ¿Había pedido la joven un plazo más largo? ¿Qué misterio ocultaba aquel silencio? Francisco se había consumido durante aquellas seis semanas de incertidumbre; había sufrido mucho, pero nunca tanto como en aquella noche que medió entre el telegrama y la carta en él anunciada. Cuando al día siguiente de aquella noche de fiebre tuvo el sobre entre sus manos, ¡cómo tembló al romperle! Vió que contenía una carta muy breve de la señora Scilly y

otro sobre abierto y en blanco. Las primeras palabras de la madre le emocionaron, hasta el punto de que tuvo que sentarse para seguir leyendo, y con los ojos arrasados de lágrimas leyó algunas frases decisivas como una sentencia de muerte, y en cuyos rasgos veíanse la emoción con que la pobre señora las había trazado.

«No puedo escribirle á usted nada hoy. Estoy desesperada. La adjunta carta que he prometido enviar á usted, le dirá en qué disposiciones he encontrado á Enriqueta. Todo lo que una madre puede decir á una hija, cuya resolución querría cambiar á costa de su sangre, todo se lo he dicho. Todo en vano. Pasado mañana por la mañana partimos para Túnez; después iremos á Argelia. Antes de marchar procuraré contar á usted los detalles de nuestra última conversación y las razones que ella me ha dado para una ruptura, que yo me obstino en rechazar como irrevocable, mucho más teniendo en cuenta la exaltación religiosa que se ha apoderado de ella y que de todas veras lamento no haber atenuado. Otras eran las noticias que esperaba yo participarle; el pensar en la emoción que le han de causar las que ahora recibe, me impide decir á usted, hoy por hoy, una palabra más; pero crea usted que mi corazón de madre está con usted.

LUISA S.»

El joven quedó largo tiempo leyendo y releendo estas breves líneas, en las que vió realmente un cariño que debía haber chocado contra una voluntad

indomable. ¿Qué iba á encontrar en la otra carta que no se atrevía á abrir? ¡Tanto temía la impresión que iba á producirle la evidencia de la metamorfosis que se había apoderado de Enriqueta! ¿Acaso no iba á demostrarse este cambio sólo en el encabezamiento? Decidióse, al fin, y he aquí las páginas cuya lectura apagó por completo la débil luz de esperanza que hubiese podida concebir después de lo dicho por la Condesa:

«Palermo, 11 Enero.

«Acabo de pedir al Crucificado el valor necesario para escribir lo que voy á escribir á aquel cuyo nombre he soñado llevar, á aquel al que he amado como jamás volveré á amar y quiero, sepa que separada de él por la más irrevocable de las resoluciones, no cesaré por eso de pensar en él como en el sér más querido después de mi madre. Quiero que sepa que habiendo sido su prometida, no seré de nadie en la tierra. Le guardaré hasta la tumba la fe que le he jurado, aunque de manera que no es de este mundo. Puedo decir de mí misma lo que decía á sus discípulos el Divino amigo, el consolador cuya imagen tengo ante mí. Mi reinado no es de este mundo. Si yo no tuviera deberes que cumplir cerca de mi madre, podría decir estas palabras con más realidad aún, si no con más verdad. Procuraré impregnar mis páginas de este espíritu, y desearía que fuesen leídas por la persona á quien serán remitidas dentro de algunas horas con ese sentimiento particular que da el deseo de una muerte respetable y solemne.

Tal vez tenga el derecho de pedir que sea de este modo, pues si es el sufrimiento el que da á la muerte ese carácter para todos sagrado, creo haber sufrido tanto como una criatura humana puede sufrir. Por lo menos, no había conocido ni imaginado dolor semejante.

Aunque tal palabra sea muy dura de oír y de pronunciar, es preciso que insista en ello, pues debo hablar como si hablase á solas conmigo misma, como hablo ante mi conciencia. Sí; este dolor ha sido espantoso; puesto que de golpe y sin preparación alguna he conocido que desde hacía unos meses vivía de una quimera, sin conocer nada del pasado del que amaba, sin conocer, puedo decirlo, nada de su carácter. Durante muchos años había él sufrido emociones, alegrías, disgustos completamente ignorados por mí. El guardaba en sí recuerdos de acciones que no podía imaginar en quien suponía un hombre honrado, hasta el punto de que ahora mismo es preciso la evidencia que tengo, para estar cierta de que es verdad, que he sido juguete de un horrible sueño. Yo no le juzgo, ni le condeno. Por las respuestas de mi madre he comprendido que la juventud de la mayor parte de los hombres oculta parecidos secretos; pero yo no creía que él se parecía á la mayor parte de los hombres. ¡Estaba tan orgullosa de él, tan orgullosa de su nobleza de alma, tan segura de que ni un solo repliegue de su vida me ocultaba, que podía saberlo todo, su pasado y su presente, hora por hora, minuto por minuto, encontrando siempre en cada una de sus revelaciones un motivo para amarle, para estimarle y para admirar-

le más. ¡Ah! Había leído en libros, á los que hubiera debido creer, que no se debe esperar de las funestas afecciones más que tristeza y desolación; había leído que sólo en el Salvador debemos poner toda nuestra confianza y toda nuestra alegría. En vez de oír este consejo, yo, Dios mío, os daba las gracias de continuo por haber encontrado únicamente en mi existencia seres en quienes podía tener confianza, de los que sólo alegría podía esperar. ¡Dios mío! ¡Si esto ha sido un insensato orgullo, bien castigada he sido! He visto mentir al que amaba ¡le he visto mentirme! He oído confesar ante mí actos cuya vergüenza me persigue como una obsesión. Estoy segura de que me hacía traición desde semanas antes sin tener ni la generosidad de una confesión que hubiese evitado el horror de este descubrimiento.

Jactábase de vivir nuestra sencilla y apacible vida, mientras á nuestro lado y en silencio vivía otra. Sus sonrisas, sus palabras, sus miradas, durante más de un mes, eran una hipocresía. Aunque sólo hubiera entre nosotros la memoria de esta comedia que ha sostenido días y días, poner mi mano entre las suyas, como antes, me sería imposible. No son los celos los que me hacen sufrir, por más que sea muy cruel pensar que la misma boca ha dicho á otra mujer las mismas palabras que á mí, que otra ha sido amada como yo he creído serlo, y que nada puede borrar esto. Pero mi pena más profunda no es esta. Consiste en no estimar al que no he dejado de querer.

Si en estas páginas me quejo de esta pena, mi queja no significa la rebelión. He aceptado mi cruz.

Lo hago por la certeza de que sólo la persona á quien dirijo estas líneas puede dulcificar mi pena, conduciéndose del modo que pensé de ella, como pensaba antes, ya que no pienso como hoy. No; no me rebelo contra mi sufrimiento, y hasta creo que le bendeciré si he de proporcionar un bien para tres almas, las tres en peligro, dos de ellas culpables é inocente la otra. Aunque al recobrar mi libertad ante la persona con quien estaba comprometida, la devuelvo la suya; aunque tiene el derecho de no hacer caso de mi última suplica, sé no obstante que no todo ha sido mentira en la ternura que decía sentir por mí, y estoy segura que no menospreciará esta última suplica.

Tiene ante sí un camino que no es el mismo que yo tomo, pero donde, él lo sabe, yo le seguiré con todo mi corazón, con todas mis oraciones. Si ha podido creer al darme su vida, que ésta le pertenecía, hoy ya no puedo creerlo. Existe una débil y desdichada criatura que tendrá el derecho de saberlo todo, de reclamar su apoyo. Existe un desdichado sér del que él ha sido el verdugo. No es preciso que añada más; pero si algún día supiese yo que el que fué mi prometido ha reparado lo que aún podía reparar de su horrible pasado, lo repito, bendeciría el golpe que, separándonos, le ha devuelto á un absoluto é inevitable deber. Tengo mucha confianza en la frase: «Todo lo que pidáis á mi padre os será concedido», para no estar segura de que sucederá así, y que dos almas que tanto mal han causado se salvarán por el sentimiento de su común responsabilidad que ha sido su prueba y que puede ser su salvación. Sí; yo he supli-

cado para que así fuese, á pesar de los obstáculos que parecían infranqueables. Los que sólo de mí dependen, están vencidos, pues que nuestro matrimonio está definitivamente roto. Los demás obstáculos, lo serán también, no quiero dudarlo, y ese día no sentiré pesar por las lágrimas que he derramado. Mucho y muy amargamente he llorado; pero si se da la vida por salvar la del sér á quien se ama, ¿no han de darse lágrimas para salvar lo que vale más que la vida que es tan fugaz? Y yo he querido que mi dolor sirviese para esto. He aquí por qué he creído que me era preciso escribir mis ideas y sentimientos con toda verdad. Doy gracias á Dios que me ha concedido fuerzas para ello.

ENRIQUETA SCILLY.

Esta inocente carta, en la que la pobre niña había puesto todo su corazón, se parecía tan poco á la que Francisco esperaba, que éste tuvo que leerla dos veces para convencerse de que no era juguete de un sueño. No... Aquella era la letra de Enriqueta, su manera de hablar un poco premiosa, cuando tenía que expresar una idea que le costaba doloroso esfuerzo. Era sobre todo su manera de sentir, aquella delicadeza del sufrimiento, tan propio de su condición. Había empleado la tercera persona para evitar al joven el cambio de nombre que tanto había éste temido. Era su fervor religioso exaltado por el sufrimiento hasta el martirio, que mezclado á su amor herido, le había conducido á aquella idea novelesca; al matrimonio, del que ella amaba y la antigua querida de éste. Tenía razón. ¡Cuántas lágrimas debió verter

para pensar solamente en semejante proyecto! ¡Y también, qué ternura en la confesión de su amor, que dejaba escapar de nuevo en el instante mismo en que renunciaba para siempre á la felicidad que este amor la había dado, y á la que aún pudiera darle...! ¿Para siempre?

A la idea de que en aquellas páginas donde se revelaba el soberano encanto de aquel alma inocente y sublime, se contenía un último adiós, sintióse Francisco invadido por un acceso de rebelión desesperada como el que todos hemos sentido ante la muerte. Se apoderó de él uno de esos indomables frenesís que precipitan al hombre sobre un barco, en un vagón, sobre un caballo, cuando se siente la necesidad de correr, de devorar el espacio y el tiempo, de llegar junto á determinada persona antes de cierta hora. En esos momentos se marcharía con los pies desnudos y sobre carbones encendidos para no perder la ocasión de estrechar una mano y arrojar estas palabras:—¡No te vayas...! ¡no me dejes! Grito inútil que no impide la inevitable separación.

Francisco consultó su reloj. Era cerca del medio día. El tren que va de Mesina á Palermo y que se detiene en Catania pasaba á las dos. El estaría en el *Continental* á las diez. Las señoras de Scilly partían al día siguiente por la mañana. Podía librar aún la última batalla. ¡Qué largas le parecieron aquellas horas, y qué lento el paso del tren desde que tomó asiento en el exprés siciliano! ¡Hubiera deseado tener alas como los pájaros que veía volar en el espacio por la ventana del departamento que ocupaba! Sobre todo, una vez llegada la noche, cuando ni aun

la vista del monótono paisaje podía distraerle, ¡qué de funestos presentimientos le atormentaron! ¡Llegó hasta imaginar que estrellándose contra la fatalidad, el tren descarrilaría antes de llegar á su destino, que la vía quedaría interrumpida!

Aquella especie de alucinación de la impaciencia llegó á ser tan loca, que quiso ver un presagio de feliz éxito en el solo hecho de encontrarse sin accidente en el andén de la estación de Palermo. Al fin estaba en la misma ciudad de Enriqueta é iba á verla.

En los viajes inopinados y emprendidos en estas condiciones, con el extravía de la pasión que no puede soportar la ausencia, hay un momento siempre horrible, y es el inmediato á la llegada cuando, devorados por la impaciencia y por ardoroso delirio, tropezamos con esos pequeños obstáculos materiales, que ponen aún una última distancia entre nosotros y la persona hacia la que nuestro amor nos precipita en loca carrera. Para Francisco fué este momento tanto más enojado, cuanto que en estos obstáculos intervenían dependientes del hotel. La sorpresa mal disimulada del conserje del *Continental* fué un pinchazo más en la sangrienta llaga del corazón del joven.

El drama de su vida no podía haber escapado en absoluto á los criados del hotel, de aquella casa abierta á los cuatro vientos, á la curiosidad y á los comentarios. Nayrac ya lo sabía y sufrió por este motivo. Lo primero que hizo fué llamar al viejo Vicente para rogarle que entregase á la Condesa una carta apresuradamente escrita. Durante sus largas y tiernas relaciones había experimentado cierta complacencia en la familiaridad de soldado viejo con que le trataba el re-

ferido criado. La impresión de asombro que leyó en la fisonomía del fiel ayuda de cámara, renovó el horrible efecto que le causaba ver arrojados al pasto de las murmuraciones los afectos más delicados de su corazón, Y además ¡qué contraste entre aquel tiempo en que él entraba en el salón de la señora Scilly como si hubiera sido el suyo propio, y esta necesidad de presentarse entonces como un extraño! Entró en su cuarto para esperar la respuesta á su carta.

En tanto que la sirvienta le preparaba el lecho y el mozo encendía fuego en la chimenea, recordó cómo en la mañana de su primera llegada, cuando vino de París á reunirse con su novia, había encontrado aquella habitación adornada de flores, y alegre por la luz azul de la mañana. ¡Cuán triste se hallaba ahora, alumbrada por la luz de las bujías y con el desorden de aquella vuelta improvisada! ¿Por qué tardaba tanto Vicente en volver? Por fin volvió éste para advertirle que la Condesa le esperaba. ¡Qué no hubiese dado Francisco por saber si Enriqueta estaba allí!... Pero ni esto podía preguntar. Abrióse la puerta de la antecámara y después la del salón. Esta gran habitación vacía le oprimió el corazón con una impresión aún más dolorosa que la que había experimentado al entrar en su cuarto. Una sola lámpara alumbraba aquella desnudez horrible á causa de su lujo chillón. Habíanse llevado todos los objetos femeninos que le daban una fisonomía tan viva. Todo había desaparecido: las telas que velaban el brillo de los muebles rojos; también habían desaparecido los retratos que daban á la habitación un sello personal: los bibelots que recordaban en aquel salón alquilado, el salón de

la casa propia; los libros que daban encanto á las veladas, y las flores ordenadas por el artístico gusto de Enriqueta. La Condesa estaba de pie, pero sola, y en un verdadero desierto; tal le pareció á Francisco. La cara de la Condesa expresaba una gran inquietud. Adelantándose hacia el joven le dijo:

—¡Ah, pobre hijo mío! ¿No ha recibido usted nuestras cartas?

—Porque las he recibido, vengo. Quiero hablar por última vez con su hija de usted. No puedo separarme así de ella, y ella no puede tampoco pensar en negar á un acusado el derecho de defensa... La suplico á usted que haga porque me escuche sólo cinco minutos y en presencia de usted. En seguida le doy á usted mi palabra, que sea cual sea su resolución, me doblegaré á ella. Pero... por piedad, por última vez.

—¡Ay!—respondió la madre sacudiendo la cabeza.—Acabo de intentarlo hace un momento cuando he recibido su carta. ¡Usted no sabe contra qué implacable resolución he luchado de nuevo! Me ha declarado que no saldrá de su cuarto más que para embarcarse. Yo misma no puedo obligarla á que le hable á usted, y usted es un caballero para querer hablarla en público y á pesar suyo... Escuche usted, Francisco—continuó.—Si verdaderamente yo he sido buena para usted, como me lo decía en su última carta, si usted tiene para mí los sentimientos de gratitud que me aseguraba, le suplico que nos deje partir, sin intentar un nuevo esfuerzo para verla, que sólo traería como consecuencia un escándalo inútil á más de ser muy peligroso... ¡Ha sufrido tanto! ¡Está

aún tan nerviosa! ¡Ah! no me la mate usted, y para nada; debe usted creerme. Morirá antes que haber cambiado la firme resolución que adoptó, y que sólo el tiempo pudiera cambiar.

—Pero al menos—repuso el joven,—¿me autoriza usted para escribirla? ¿Puedo obtener de usted que la entregue una carta antes de la partida?

—He pensado en ello, y la he preguntado lo que haría si recibiese una carta de usted. La quemaría sin leerla—me ha respondido.

—¡Ah, Dios mío!—gimió el joven dejándose caer sobre una silla.—¿Qué sucederá, pues? En estos doce días he sufrido cruelmente, pero vivía de la esperanza. No podía admitir la idea de una definitiva ruptura sin una última palabra... una sola...

—¡Hay que esperar!—dijo la madre.—Hay que esperar y confiar en mí...